

APUNTES SOBRE BALMES

VI

Dijimos á propósito del entendimiento agente que no había sido comprendido lo bastante por la filosofía moderna, y ahora tenemos que repetir esa afirmación respecto de la distinción real entre la esencia y la existencia, ya que en el análisis de este problema há largo tiempo no se ha visto otra cosa que una especie de certamen en que los escolásticos se esforzaron por mostrar su ingenio sutil en demasía. No es nuestro ánimo entrar en el examen de estas altísimas cosas que merecieron les destinara el Doctor Angélico largas páginas de sus obras: sólo nos contentamos con indicar que Balmes, como Escoto y Suárez, no halló entre la esencia y la existencia sino una distinción lógica.

“Que nosotros, dice Balmes, distinguimos entre la esencia y la existencia de la cosa, es indudable; en cuanto concebimos el objeto como realizado, concebimos la existencia; y en cuanto concebimos que ese objeto existe en esta ó aquella determinación que lo constituye en tal ó cuál especie, concebimos la esencia. La idea de la existencia nos representa la realidad pura; la idea de la esencia nos ofrece la determinación de esta realidad. Pero las escuelas han ido más lejos, y han querido trasladar á las cosas la distinción que se halla en los conceptos” (1).

Como siempre que se habla de las Escuelas es preciso volver los ojos al Angélico Doctor, un estudio de los fecundos y hermosos desarrollos que en su filosofía, como de abundante manantial, salen de la distinción entre la esencia y la existencia, bastaría á probar que éste no es un asunto baladí, ni como creía Balmes, una opinión *más útil que sólida*.

Si hay razón suficiente para que nuestro entendimiento distinga entre dos cosas, cuando una y otra exhiben carac-

(1) *Fil. Fund.*, lib. V, cap. XII.

teres diversos, nada es más recto que admitir esta distinción entre la esencia y la existencia, ya que el modo como aquélla se predica en nada se asemeja al modo de predicación de ésta. La racionalidad y la animalidad son esenciales á Juan, y si por un instante las suponemos suprimidas, tal individuo habrá dejado de existir como hombre; pero bien podemos imaginarlo privado del acto de existir sin que ello envuelva contradicción ó repugnancia.

Se replicará que la existencia en las criaturas no es otra cosa que la actualidad de la esencia, y que si bien la segunda se concibe en el estado de mera posibilidad, una vez realizada, es una misma cosa con la existencia que la actúa; mas esto sólo prueba que en la naturaleza hay muchas cosas que no se identifican á pesar de ser inseparables; la extensión es inseparable de la sustancia, y con todo, á menos que siguiéramos la opinión de Descartes, no podríamos afirmar que la una se identifica con la otra.

Ocorre también anotar que esta brillante doctrina establece en más sólido fundamento, si se quiere, la distinción real entre Dios y las criaturas, una vez que en Aquél, última causa de todos los seres, la esencia y la existencia se identifican, al paso que á éstas la existencia apenas les corresponde como algo participado. Si, pues, en las criaturas hubiera identificación entre la esencia y la existencia, por más que su sér dependiera de otro, siempre habría que admitir su existencia como esencial, y ya no sería esto un atributo especial del Sér Supremo.

Estas sencillas observaciones, escogidas entre las muchas que á este respecto aducen los expositores de la doctrina del Santo Doctor, son suficientes para poner en claro la profundidad de la enseñanza tomista acerca de este discutidísimo problema; y nosotros, á quienes no es permitido elevarnos á la alta y luminosa cima de la metafísica, pongamos aquí punto final, y resignémonos á contemplar apenas desde el pie de la cumbre las sublimes alturas á donde ascendieron las grandes almas de Santo Tomás y Suárez.

TERCERA PARTE

LA FILOSOFÍA TOMISTA Y BALMES

I

¿Qué es la filosofía escolástica? Pregunta es ésta á que se han dado las más contradictorias respuestas, en lo cual ha influido no poco el espíritu sectario. Para los que hayan bebido su ciencia en las emponzoñadas fuentes de los escritores del pasado siglo, la escolástica no será un monumento científico, ó apenas tendrá el valor que se concede á la alquimia en cuanto fue como el primer paso para llegar á una ciencia verdadera: la Química. En cambio, los que hayan disfrutado de tiempo para entregarse á esa clase de estudios, considerarán de otra manera esta Filosofía, en cuya elaboración se empleó un gran número de muy privilegiadas inteligencias. En el progreso de la ciencia no hay solución de continuidad: producto de la filosofía griega fue la escolástica, aunque con las enseñanzas del Cristianismo alcanzó más amplios desenvolvimientos; y la filosofía moderna, por más que se precie de original, debe mucho á los doctores de la Edad Media. Dígalo si nó Kant, que supo aprovechar para algunas de sus teorías profundas páginas de la Escuela.

Nacida de la filosofía patrística como la planta del grano, la escolástica, es verdad, apareció en un siglo en que la literatura latina había perdido el magnífico esplendor que le comunicaron insignes escritores; la robusta lengua de Cicerón hízose pedestre y vulgar de hermosa y galana que había sido, y, por tanto, la menos á propósito para vaciar en ella nuevas y generosas ideas; la sociedad permanecía en el estado semisalvaje á que había descendido, y, en fin, pudiéramos decir que la ciencia aún se estaba haciendo. Natural era, pues, que la filosofía de entonces se resintiera de la rudeza de aquellos tiempos.

Por otra parte, los escolásticos eran los únicos que cultivaban los altos estudios, y así al principio la tendencia teológica predominó sobre la filosófica.

Cuando se habla de la escolástica no se puede pasar en silencio la obra de los Padres, porque ellos tendieron el puente que unió la ciencia antigua con la renaciente filosofía de la Edad Media. Forzados á responder las objeciones del paganismo, echaban mano de lo bueno que había en los escritores griegos y romanos. Entre éstos, Aristóteles y Platón tienen la preeminencia, y de los dos el primero goza de la supremacía, circunstancia muy notable que no debe perderse de vista cuando se quiere saber cuál es el rasgo distintivo de la escolástica.

“Con excepción de Orígenes, dice Vallet, aun los mismos Padres que se inclinan más á Platón, no dejan de criticar y combatir gran parte de sus teorías; y cuando se trata de determinar la naturaleza del hombre, el origen del alma, su natural unión con el cuerpo, la manera de llegar al conocimiento de Dios;... cuando se hace necesario estudiar las potencias y operaciones del alma y establecer una doctrina compacta y ordenada, entonces buscan en el Estagirita la manera de proceder y argumentar” (1).

En pos de los Padres vinieron ya los verdaderos filósofos, y la escolástica propiamente dicha empezó en el siglo IX con el establecimiento de las escuelas de Carlo Magno, de donde tomó su nombre. Su reinado se extiende hasta los albores del Renacimiento. Débil aún en los siglos IX y X, cobra vigor en los dos siguientes, y llega á su apogeo en el siglo XIII, en el cual aparece la luminosa figura del Angel de las Escuelas.

Pero no vaya á creerse que la escolástica es un conjunto de doctrinas que se unen y complementan como las partes de un mismo todo. Nada de eso: en su ámbito inmenso cupieron los más opuestos sistemas, por lo menos hasta la venida del Doctor de Aquino. En la escolástica encaja la

(1) *Histoire de la Philosophie*, 2.^a part., ch. I.

escuela de los árabes, y ya sabemos que ella se distinguió por el carácter pantelista que imprimió á todas sus teorías; escolástico fue también Escoto Erígena, á pesar de sus temerarias afirmaciones sobre la naturaleza; y á esa escuela perteneció Abelardo, en cuyas obras está como en germen el moderno racionalismo.

El que vino á encauzar tan diversas corrientes fue Santo Tomás de Aquino. Hablar de él es hablar de la escolástica. Quien estudie la filosofía según su espíritu, quien, como él, se asimile las doctrinas buenas, busque la sencillez en la forma y la profundidad y solidez en los pensamientos, y conceda á la razón sus derechos sin menoscabo de la fe, ése será un filósofo escolástico, ó, mejor dicho, un tomista.

Antes del advenimiento del Santo Doctor á la escolástica se distinguía sólo por dos rasgos principales: cualquiera que fuese el fondo de la doctrina, los filósofos de esos tiempos seguían el método de Aristóteles, y todos en sus especulaciones buscaban la alianza de la razón humana y la autoridad divina. El Angélico Doctor le conservó á la filosofía estos dos caracteres y redujo ó la unidad lo que antes era un conjunto informe de teorías.

Balmes con su penetración y exactitud habitual nos describe en pocas líneas el papel que en el siglo XIII desempeñó el Doctor Angélico con referencia al orden de estudios que nos ocupa.

“¿Qué era, dice, la filosofía de su tiempo? La dialéctica, la metafísica, la moral, ¿á dónde hubiera ido á parar, en medio de la torpe mezcla de filosofía griega, filosofía árabe é ideas cristianas? Ya hemos visto lo que de sí empezaban á dar tamañas combinaciones favorecidas por la grosera ignorancia, que no permitía distinguir la verdadera naturaleza de las cosas, fomentadas por el orgullo, que pretendía saberlo ya todo; y sin embargo, el mal sólo estaba en su principio; á medida que se hubiera desarrollado, habría ofrecido síntomas más alarmantes. Afortunadamente se presentó ese grande hombre (Santo Tomás);

de un solo empuje hizo avanzar la ciencia en dos ó tres siglos; y ya que no pudo evitar el mal, á lo menos lo remedió; porque alcanzando una superioridad indisputable, *hizo prevalecer por todas partes su método y doctrina; se constituyó como un centro de un gran sistema, al rededor del cual se vieron precisados á girar todos los escritores escolásticos*; reprimiendo de esa manera un sinnúmero de extravíos que de otra suerte hubieran sido poco menos que inevitables” (1).

Desde entonces hasta ahora vive la escuela tomista y ha contado siempre con numerosos discípulos; á pesar de las profundas vicisitudes que ha sufrido, en todo tiempo ha habido algún gran genio que ha levantado en alto la bandera de Santo Tomás; la forma nada importa; el tomismo, como la Iglesia, sin mudar de esencia, con facilidad se amolda á la época y al pueblo por que pasa.

“La filosofía de Santo Tomás es, pues, según el Cardenal González, la Filosofía cristiana fundada por Clemente de Alejandría y San Atanasio, desarrollada por San Agustín, cultivada por San Anselmo y San Buenaventura, llevada á su perfección y desenvuelta de una manera sistemática y completa por el mismo Santo Tomás, y enseñada después, *en parte* por Malebranche, Pascal y la escuela escocesa, y continuada hasta nuestros días por el intermedio de Fenelón, Bossuet, Leibnitz, Rosmini...” (2)

II

Las precedentes observaciones han sido precisas para fijar las ideas antes de entrar en el examen de otra cosa que importa á nuestro asunto. Opinan algunos que Balmes no es tomista. Esto para nosotros no es exacto. El tomismo no consiste de manera alguna en la forma, sino en el fondo, en el espíritu, como lo hemos insinuado ya. No sería discípulo del Doctor de Aquino el que siguiera

(1) *El Protest.*, cap. LXXI.

(2) *Estudio sobre Santo Tomás*, t. I, XVII

sólo el método con que él expuso su doctrina, pero que en lo demás corriera lejos de la brillante senda trazada por su genio; ni tampoco dejaría de ser su seguidor quien, amoldándose á las formas del lenguaje reinantes en su propio siglo, hiciera admirar, amar y seguir las excelsas ideas del Doctor de la Edad Media. Verdad es que Balmes no escribió un tratado clásico de filosofía: el medio ambiente de su siglo le habría sido perjudicial, y además á ello se oponía su carácter independiente, su naturaleza vivaz, su alma apasionada que había menester el propio lenguaje para desarrollar en amplios períodos su pensamiento.

Hay más todavía: en los mismos dominios de la Filosofía católica existen dos escuelas, escolásticas ambas, ambas ortodoxas, que se disputan há mucho la dominación: la una mira de soslayo los descubrimientos recientes, y parece como enclavada aún en el siglo XIII; la otra se aprovecha de todo el inmenso caudal de las ciencias actuales y agranda cada día más la órbita de sus investigaciones. A esta última perteneció Leibnitz, á ésta Balmes, á ésta todos los que han dejado huella imperecedera en la ciencia cristiana, y ésta es, por último, la genuina escuela tomista.

Nótase, eso sí, que el filósofo español teme á veces topar de frente con ciertas ideas muy arraigadas en su tiempo: tal sucede cuando va á exponer algo de la Filosofía del siglo XIII. Ya sabemos cuántos errores históricos se han acumulado sobre ella. En presencia de los grandes absurdos modernos apela Balmes á la escolástica con fingida desconfianza al principio; pero á medida que ahonda más en la materia, presenta las observaciones de la escuela como dignas, á lo menos, de estudio; y las acoge al cabo resueltamente como más acordes con la razón y el buen sentido. A quien haya leído con detención á Balmes, no se le hará extraño este aserto, y el que no, tropezará con esto desde las primeras páginas de la *Filosofía Fundamental*. No creemos que este modo de proceder acuse pusilanimi-

dad en el Presbítero catalán, ni tampoco falta de fe en esa Filosofía: era imposible chocar de repente con arraigadas y burdas preocupaciones.

Habrà también quien diga: Balmes no puede colocarse en determinada escuela: el filósofo español es ecléctico. Ecléctico sí, diremos nosotros, pero no á lo Cousin. ¿Y quién más ecléctico que Santo Tomás de Aquino? El tomó de la filosofía griega, de la de los Padres, y también bebió en los escritos de sus contemporáneos; pero tuvo regla fija que lo guiara en la elección: el respeto absoluto por la autoridad de las divinas letras. Otro tanto podemos decir de Balmes: buscó en las obras de la filosofía moderna lo que juzgó justo y aceptable según la célebre expresión de San Clemente Alejandrino. "Para mí, decía él, la Filosofía no es la estoica, ni la platónica, ni la epicúrea, ni la aristotélica, sino todo lo bueno que ha sido enseñado por aquellas sectas."

En este mismo trabajo hemos ensayado anotar lo de importancia en que Balmes no siguió al Angel de las Escuelas; y nos parece que eso sólo no basta para negarle el título de discípulo suyo. Los escritores de estos últimos tiempos están, por el contrario, de acuerdo en afiliarlo en la fecunda escuela que produjo á Savonarola y Domingo de Soto. El Cardenal Arzobispo de Sevilla, á quien no se negará profundo conocimiento de la Filosofía tomista, repite á cada paso que la Filosofía de Balmes no es en el fondo otra que la enseñanza del Doctor de Aquino, y que el publicista español, como Bossuet, Fenelón y otros insignes pensadores, ilustró y desarrolló las doctrinas de Tomás de Aquino y presentó sus ideas bajo facies nuevas. "La *Filosofía Fundamental*, agrega Darras, es la *Filosofía de Santo Tomás aplicada al siglo XIX*. Obra dogmática y crítica á la vez, como dogmática no expone un sistema particular: sólo plantea y discute con rara sagacidad las cuestiones fundamentales de la Filosofía: la certeza, las sensaciones, las ideas, la extensión y el espacio, el sér, la unidad y el

número, el tiempo, lo infinito, la sustancia, la necesidad y la causalidad; obra crítica, honra á Descartes y á Malebranche, confunde el materialismo del siglo XVIII y disipa con éxito sin igual todos los matices de la fraseología germánica." (1)

¿En qué sitio, por último, se apoderó Balmes del arma formidable con que dio en tierra con las ideas innatas? Léase su magnífica refutación de ellas, contenida en el capítulo XXX del Libro IV, y se verá que no es otra cosa que brillante desarrollo del *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu* proclamado por el Príncipe de la Escuela. Los sensualistas han adoptado este principio pero en sentido muy diverso, y Kant, que también lo admitió, al cabo llegó á coincidir con aquel sistema, tan pronto como se separó de la escolástica. En este principio está fundada la psicología tomista; y tomarlo en el sentido en que lo explicó la Escuela, es admitir un punto capital de esa filosofía.

"Lo que hay innato en nuestro espíritu es la actividad sensitiva y la intelectual; pero ambas, para ponerse en movimiento, necesitan objetos que las afecten. El desarrollo de esta actividad principia por las afecciones orgánicas; y aunque va mucho más allá de la esfera sensible, permanece siempre más ó menos sujeta á las condiciones que le impone la unión del espíritu con el cuerpo." (1)

Pero si en psicología poco es lo que se aleja de Santo Tomás, en metafísica le sigue paso á paso y amplía hermosamente sus altas concepciones. La idea de sustancia es el punto de partida de la escuela pantefista, y su negación conduce á Taine á extrañas teorías. El sistema de Spinoza está fundado en una mala definición de ella, y el positivismo reclama para sí el honor de colocarla entre lo *incognoscible*. El filósofo catalán se apodera de la noción de substancia tal como salió del grande entendimiento de To-

(1) *Histoire de l'Eglise*, t. 40, cap. XIII.

(1) Balmes, *Fil. Fund.* l. IV, cap. XXX.

más de Aquino, y de ella se va desprendiendo, como del tronco las ramas, un cúmulo de sabias doctrinas que honrarían á cualquier pensador. Lo finito y lo infinito y la existencia de Dios son otras tantas tesis sagazmente trazadas.

Larga sería la enumeración de tantas otras cosas en que el filósofo de Vich coincide con el autor de la *Summa*; que este hecho se verifique es la regla, lo contrario es la excepción; pero no queremos dejar de observar que la política del Doctor de Aquino seduce y entusiasma al autor de la *Filosofía Fundamental*. Los últimos capítulos de *El Protestantismo* son un espléndido comentario del Angel de las Escuelas. El origen de la autoridad, el fin de la sociedad civil, la resistencia al poder, etc., aparecen victoriosos en esa obra inmortal en que el Angélico Doctor recobra su antiguo poderío.

"Los teólogos católicos, dice Balmes, tan lejos están de inclinarse al sostén del despotismo, que dudo mucho puedan encontrarse mejores libros para formarse ideas claras y verdaderas sobre las legítimas facultades del poder; y aun añadiré que, generalmente hablando, propenden de un modo muy notable al desarrollo de la verdadera libertad. El gran tipo de las Escuelas teológicas, el modelo de donde no han apartado sus ojos durante muchos siglos, son las obras de Santo Tomás de Aquino; y con entera confianza podemos retar á nuestros adversarios á que nos presenten un jurista ni un filósofo donde se hallen expuestos con más lucidez, con más cordura, con más noble independencia y generosa elevación, los principios á que debe atenerse el poder civil. Su tratado de las leyes es un trabajo inmortal; y á quien lo haya comprendido á fondo, nada le queda que saber con respecto á los grandes principios que deben guiar al legislador.

"Vosotros que despreciáis tan livianamente los tiempos pasados, que os imagináis que hasta los vuestros nada se sabía de política ni de derecho público, que allá en vuestra

fantasía os forjáis una incestuosa alianza de la religión con el despotismo, que allá en la oscuridad de los claustros entrevéis urdida la trama del pacto nefando, ¿cuál pensáis será la opinión de un religioso del siglo XIII sobre la naturaleza de la ley? ¿no os parece ver la fuerza dominándolo todo y cubierto el grosero engaño con el disfraz de algunas mentidas palabras, apellidando religión? Pues sabed que no dierais vosotros definición más suave; sabed que no imaginaríais jamás, como él, que desapareciese hasta la idea de la fuerza; que no concibierais nunca cómo en tan pocas palabras pudo decirlo, con tanta exactitud, con tanta lucidez, en términos tan favorables á la verdadera libertad de los pueblos, á la dignidad del hombre.

.....
 “El poder obra sobre la sociedad por medio de la ley; pues bien, según Santo Tomás la ley es *una disposición de la razón, enderezada al bien común, y promulgada por aquel que tiene el cuidado de la comunidad...*

“*Disposición de la razón, rationis ordinatio*: hé aquí desterradas la arbitrariedad y la fuerza; hé aquí proclamado el principio de que la ley no es un mero efecto de la voluntad; hé aquí muy bien corregida la célebre sentencia, *quod principi placuit, legis habet vigorem*.

“Si bien se observa, el despotismo, la arbitrariedad, la tiranía, no son más que la falta de razón en el poder, son el dominio de la voluntad. Cuando la razón impera hay legitimidad, hay justicia, hay libertad; cuando la sola voluntad manda, hay ilegitimidad, hay injusticia, hay despotismo. Por esta causa la idea fundamental de toda ley es que sea conforme á la razón, {que sea una emanación de ella, su aplicación á la sociedad; y cuando la voluntad la sanciona, y la hace ejecutar, no ha de ser otra cosa que un auxiliar de la razón, su instrumento, su brazo.” (1)

Hemos citado este largo pasaje para gloria del monje y del comentador.

(1) *El Protest.*, cap. LIII.

III

¡Saludemos á Balmes como el restaurador de la filosofía cristiana! Gracias á su inspiración, á su fe y á su sabiduría, se ha reanudado ya el hilo de la bella tradición rota en el siglo XVIII. En las numerosas universidades católicas del mundo el Angélico Doctor ha vuelto á su solio y él es el que ilumina la frente ardorosa de la juventud. En España, donde, según vimos al principio, hizo tremendos estragos el espíritu revolucionario de su vecina, florecen los estudios filosóficos como en gloriosos tiempos lejanos. El sabio Cardenal Ceferino González, entre muchos otros, empleó su vida preciosa en escribir brillantes estudios que contribuirán cada día más á que se aprecie mejor la obra de Tomás de Aquino. En Francia, Alemania é Italia una pléyade de insignes escritores trabaja en el mismo hermoso campo.

La ciencia nada perderá con el reconocimiento de la superioridad filosófica del Príncipe de la Escuela. La *Summa* es obra de fe y al propio tiempo obra de razón. El campo de la filosofía, por otra parte, es vastísimo, y el humano entendimiento puede explayarse en él libremente, sin dejar por eso de someterse con humildad á la autoridad divina. Las *cuestiones inútiles* que tanto se han enrostrado á la escolástica, y que en realidad no fueron otra cosa que signo natural de su decadencia en otro tiempo, quedarán abolidas para siempre: el tiempo, como el asiduo podador, limpió ya la broza estéril, y sólo se ve surgir la planta recta y vigorosa. El silogismo recobra su justo valor y no tendrá ya el predominio ni la deducción ni la inducción: uno y otro método será bueno con tal que se aplique á su debido objeto. La física tomista, antigüedad venerable en cuanto de ella se sirvió el entendimiento más claro de la humanidad, se mirará con respeto; pero por lo demás la física de hoy será la que haya de alumbrarnos con su cre-

ciente y poderosa luz. Lo que falte á la antigua filosofía se le añadirá en la nueva, y la metafísica volverá á ser, como antes, el punto de apoyo de nuestros conocimientos.

IV

No daremos fin á estos apuntes antes de decir una palabra sobre la influencia de Balmes en Colombia. Quizá no hay aquí parte alguna donde no existan ejemplares de su *Filosofía*. Por raro privilegio sólo concedido al genio, tanto el erudito como el mediano lector hallan grato esparcimiento para el ánimo en sus obras.

La Filosofía escolástica, como era natural, fue la única que se enseñó en tiempo de la Colonia. El venerable fundador del Colegio del Rosario quería, ante todo, según su gráfica expresión, *sacar afuera la doctrina de Santo Tomás*. Había asistido á las lecciones del gran Domingo de Soto, gloria del Concilio de Trento, y con noble orgullo escribe en las *Constituciones*, que él oyó en voz el curso del sapientísimo maestro. Su lenguaje revela que la escolástica era carne de su carne y hueso de sus huesos; á menudo encabeza los apartes, á modo de introducción, con algún principio ó fórmula consagrado por la escuela.

No sabemos qué tan exactos fueran los textos que entonces sirvieron para los colegiales. El Arzobispo recomendaba el curso de Arte, que compuso Fray Juan de Santo Tomás, *por ser tan tomista*, según sus propias palabras. Lo más probable es que esos libros adolecieran de grandísimos defectos, pero así y todo, formaron varones de acendrado saber, y, además, con el tiempo se habrían ido reformando los métodos de entonces, como para las Universidades lo deseaba Melchor Cano.

A poco de establecida la República, bravos huracanes soplaron sobre este Colegio, para todos sus hijos tan querido, para todo colombiano tan digno de respeto y amor; y de Seminario que era de la doctrina de Santo Tomás,

convirtiéndose en núcleo de la enervante y estrecha *Ideología* de Tracy.

Así como en España, desde remotos tiempos, todo el que se desvía de la filosofía tradicional, corre á alistarse bajo la bandera de algún sectario del panteísmo, en Colombia, los que se apartan de las disciplinas cristianas, degeneran en seguidores de la escuela materialista, bajo una ó otra forma.

En la historia filosófica de la República marca época la introducción de Bentham; y, digámoslo por vía de digresión, que otros culpen al General Santander, no lo haremos nosotros así. Si elevada autoridad eclesiástica no alcanzó á ver por de pronto el mal que para la Religión entrañaban las obras del filósofo inglés, mal podía hacerlo quien no era teólogo ni cosa semejante; y harta gracia hizo el humilde clérigo que, como por peregrina inspiración, atacó el mal desde sus comienzos; y, en suma, el General Santander quedó á cubierto de terribles tiros por el modo como llegó á su última hora; y ya nos diera Dios tan amable recompensa.

A partir de esta época, groserísimo materialismo nutrió la juventud colombiana; los que no quisieron pasar tan poco agradable alimento, se vieron precisados á seguir á Descartes; de modo que en el tiempo de que hablamos, oscilaban los entendimientos entre dos opuestos errores: el *materialismo* y el *idealismo*.

Pero tan pronto como aparece Balmes, se nota una favorable reacción en los hombres públicos contemporáneos, tales como José Eusebio Caro, quien, con activa independencia, imprimió nuevo rumbo á sus ideas. Los seminarios y colegios particulares acogieron también al filósofo español, y él fue durante mucho tiempo el punto de apoyo en los altos estudios teológicos.

Hoy el tiempo ha cambiado las cosas: ya no reina el estéril Tracy en las escuelas ateas. Alzase Spencer, como señor de las inteligencias, pero ¡qué gran cambio! Spen-

ter es un gran pensador, tiene la seriedad y el juicio de todo un inglés, y espiga en el campo de la metafísica, y si su sistema en conjunto es malo, malísimo, no se puede negar que á cada paso se descubre en sus páginas al hombre de genio.

Enfrente de la escuela positivista colombiana forman, compactos, los defensores de la Filosofía cristiana, los cuales, casi todos discípulos de Balmes al principio, hoy beben en la misma fuente de donde sacó él su doctrina. Figura entre éstos D. Miguel Antonio Caro, quien ha refutado con brío el sistema de Bentham, y debe á la escolástica vigor dialéctico y precisión de ideas; el Dr. Joaquín Gómez Otero, Rector del Seminario Conciliar de Bogotá, espíritu infatigable en el estudio, consumado metafísico al propio tiempo que asiduo investigador de la naturaleza; el Presbítero Abigaíl Morales y D. Luciano Carvalho, constantes expositores en la cátedra de la Filosofía de Santo Tomás; D. Marco Fidel Suárez, en sus *Conferencias sobre el positivismo*, expuso con lucidez las tesis de la escuela; el Dr. Gabriel Rosas, con su introducción de un texto de Filosofía tomista, ha prestado valioso favor á la juventud, y con sus estudios sobre Leibnitz ha conquistado justa reputación en el Extranjero y aquí; el Presbítero D. Carlos Cortés Lee, en cuyos sermones reviste con artística forma el pensamiento del Doctor Angélico, y nuestro Rector, el Presbítero D. Rafael María Carrasquilla, quien tiene no poca semejanza con Balmes en la claridad de la exposición. En el púlpito, en la cátedra, es antiguo adalid tomista, y á él se deben nuevos y numerosos discípulos del Doctor de Aquino.

LUIS MARÍA MORA

MI CAMPANA

A mi amigo de infancia Dr. D. Jorge Delgado

¡Viérte, amiga campana,
tu sonoro repique en esta hora
en que el vivo fulgor de la mañana
la altiva cumbre de los montes dora!

Rosario

Archivo
Histórico